

hermosos jardines, el cesto de flores colocado á las orillas de nuestro lago.

En Ixtapalapan obsequió á Cortés Cuiclahuatzin, hermano y sucesor de Moctezuma: detúvose la comitiva numerosa en Coyoacan, y luego, tomando la amplia y cómoda calzada de Ixtapalapan que conducía hasta la puerta Sur del templo mayor, marcharon para México.

La multitud que desembarcaba de las canoas; la que en avenida impetuosa llenaba las calzadas, debordándose los habitantes en puertas, ventanas y azoteas, todos acudían á ver el tránsito de los seres para ellos sobrenaturales que visitaban aquellas regiones.

En un lugar llamado Xolo, poco distante de la ciudad, hizo alto Cortés para recibir las felicitaciones de la nobleza.

Cercano al lugar referido, se presentó Moctezuma.

Llegaba precedido por tres heraldos, que con sus largas varas de oro en las manos anunciaban la llegada del rey.

Iba éste conducido en una magnífica litera cubierta de placas de oro y coronada de penachos de vistosas plumas.

Al verlo llegar Cortés, arrogante y apuesto se apeó de su caballo y se dirigió á la litera. Moctezuma descendió de ella apoyado en los brazos de sus parientes Ixtlilxochitl y Cuiclahuatzin: coronaba su cabeza la pequeña mitra de oro, y el penacho de plumas que conocemos; pendía de sus hombros un rico manto, y calzaba cacles que tenían las plantas de oro finísimo, atados á sus piés con unas correas cuajadas de piedras preciosas.

Estrechó su mano Cortés; quiso abrazarle, pero los de su comitiva lo impidieron, porque la demasiada cercanía al rey se veía como un acto de irreverencia.¹

Después de cambiarse algunas palabras y de obsequiarse recíprocamente, Cortés con un collar de cuentas de vidrio que puso al cuello de Moctezuma, éste con una soga que contenía cangrejos pequeños de oro, que fueron en aquel tiempo admira-

¹ Este encuentro se verificó frente al lugar en que está hoy la entrada del Hospital de Jesús.

cion de España, indicaron su camino al ejército, que se dirigió y alojó en el suntuoso palacio de Axayacatl: allí los esperaba Moctezuma; dijo á Cortés que estaba en su propia casa, y se retiró, dejándolo en posesion de ella.

El suntuoso palacio podía contener hasta siete mil personas. Cortés concentró allí su ejército, distribuyó sus fuerzas, abocó sus cañones como le pareció más conveniente, y se puso en actitud de defensa, como si temiera ser atacado.

Los nobles mexicanos sirvieron á Cortés un banquete magnífico, y al mismo tiempo distribuyeron abundantes víveres al ejército.

Para solemnizar esta entrada, Cortés mandó hacer con gran aparato una salva de artillería, que llenó de espanto y de asombro á la poblacion.

Esta solemne entrada se verificó el 8 de Noviembre de 1519, siete meses después de la llegada de Cortés al país de Anáhuac.

LECCION SEXTA.

Insta Cortés por el reconocimiento de su rey y sumision á su religion.—

Anuencia de Moctezuma á lo primero; resistencia á lo segundo.—Cortés reconoce la superioridad de fuerzas de Moctezuma.—Síntomas de rebelion.—Capilla á la Virgen.—Tesoro.—Muerte de Escalante.—Cortés manda quemar vivos á los que lo mataron.—Prision de Moctezuma en el cuartel de los españoles.—Alarmas.—Arribo de Narvaez á Veracruz.—Marcha Cortés á combatirlo, dejando á Alvarado en su lugar.—Matanza espantosa ordenada por Alvarado.—Furor de los indios.—Victoria de Cortés sobre Narvaez.—Vuelve á México.—Escasez de víveres.

Posesionados los conquistadores y sus aliados del palacio de Axayacatl; distribuidos sus guardias; prevenido Cortés para evitar una sorpresa, dedicó su atencion á abrirse paso en el ánimo del monarca, y á conseguir, ya por la astucia, ya por la mal encubierta amenaza, robustecerse, haciendo de Moctezuma el primero de los instrumentos de su conquista.

Pero en las varias pláticas que en las frecuentes visitas á Moctezuma empeñaba Cortés, notó que reconocía este monarca al poderoso rey de los blancos, se allanaba á prestarle obediencia y rendirle tributo; pero en cuanto á soportar ajeno mando, lo mismo que en cuanto al cambio de religion, pudo percibir obstáculos invencibles para la realizacion de sus miras.

Frecuentemente emprendia Cortés pláticas sobre las excelencias de sus creencias; aventuraba la idea de sustituir la cruz á los ídolos, y de exponer en los altares la imagen de la Virgen María; pero unas veces la evasiva y otras la repulsa, frustraban los designios de Cortés.

En cambio, Moctezuma, afable en alto grado, dadivoso hasta rayar en la prodigalidad, llenaba de regalos á oficiales y soldados, irritando con esto su codicia y empeñándolos más en su temeraria empresa.

Pero si tales estímulos eran en alto grado poderosos, palpaban los peligros que de todas partes los rodeaban, y al tender la vista á su derredor, se encontraban con el peligro de perecer ántes de dar fin á su intento temerario.

Al reconocer la ciudad, inmensamente poblada, con sus blancas casas de piedra, sus elevados templos, sus mil puentes, los fosos profundos que en todas direcciones cruzaban, median la cortedad de sus fuerzas, conocian lo inútil de su caballería y se persuadian de su inferioridad, al extremo que algunos historiadores dicen que si hubiese arrojado una sola piedra cada uno de los que, como enemigos, rodeaban á Cortés, habria sido bastante para desaparecer al conquistador y á sus aliados.

En tales circunstancias, comenzaron á notar los españoles síntomas de sorda pero tremenda hostilidad: ya resentian cierta escasez de víveres, que se disculpaba malamente; ya veian algunos sospechosos reconociendo los muros en son de amenaza; ya sabian que por Ixtapalapan, Tacuba y Atzacapotzalco se levantaban fuerzas proclamando la muerte de los extranjeros sus enemigos y enemigos de sus dioses.

Cortés seguia visitando á Moctezuma, recibiendo obsequios de

joyas de sus propias hijas, é instando por la propagacion de su creencia.

Logró en estas entrevistas se le permitiese construir dentro de su palacio una capilla en que colocó la imagen de Nuestra Señora, se dijo misa y se practicaban actos de devocion.

Cuando estaban en la construccion de la capilla en uno de los muros sonó hueco; acudieron á inspeccionar los españoles, y encontraron una puerta tapada. Abriéronla, y se ostentaron á sus ojos parte de los tesoros de Axayacatl: oro en profusion y piedras preciosas, primorosos tejidos y mosaicos de encantadora belleza.

Atónitos los conquistadores con aquel descubrimiento mágico, dieron cuenta á Cortés, quien mandó cubrir la puerta como ántes estaba, no sin aprovechar la ocasion de hacer comprender á sus compañeros la rica recompensa que esperaba á sus rudos afanes.

Como hemos dicho, luchaban entre los más encontrados afectos los españoles, cuando Cortés se cercioró de la noticia del ataque á los de Zempoala y de la derrota y muerte de Escalante.

Algunos dicen que en esa refriega cogieron á un español vivo, lo sacrificaron, le cortaron la cabeza y la pasearon en triunfo, desmintiendo la pretendida inmortalidad de los españoles.

Cortés estaba persuadido de que por instigacion de los mexicanos se cometieron semejantes atentados, que le ponian en evidente riesgo de perecer.

Hizo presente á Moctezuma su enojo y le urgió para que entregase á los culpables; el débil monarca condescendió con esta exigencia; aprehendieron y pusieron á disposicion de Cortés á los acusados como reos de la muerte de Escalante, y el bárbaro conquistador los mandó quemar vivos y refinó los tormentos de los que con motivo de la acusacion cayeron en sus manos.

La sangre incendia; aquellas ejecuciones despertaron en las

almas el dormido patriotismo, y las hostilidades se hicieron más visibles y resueltas.

Cortés midió la profundidad del abismo abierto á sus piés, y tomó consejo de la propia desesperacion.

Resolvióse á aprehender á Moctezuma, llevarlo á su palacio y tenerlo en rehenes de su seguridad.

Aprovechó un día de entrevista, fué á su palacio con hombres escogidos y perfectamente armados, como lo estaban siempre, aun para dormir.

El descuidado monarca agasajó más que nunca á su alevoso amigo, y éste, diestro y pérfido, le hizo presente la conveniencia de que se fuese á vivir con él, llenándole de atenciones.

Moctezuma cedió á aquella prision infuca y pasó al palacio de Cortés en union de sus sobrinos Cuiclahuatzin y Cuauhtemotzin, donde le pusieron bajo la vigilancia de fuertes guardias.

Apénas se propagó la noticia de la accion temeraria de Cortés, cuando estalló el rencor y se hizo sensible el rompimiento.

Moctezuma procuraba calmar los ánimos, diciendo que por su voluntad estaba al lado de Cortés, haciendo allí su despacho y dando desde allí sus órdenes; pero esto no calmaba á la multitud, que llegaba en oleadas hasta los muros del palacio en que estaba Cortés, pidiendo á grito herido la libertad de su rey.

Aunque Moctezuma aparentaba gran conformidad, tenia, sin embargo, el resentimiento en el corazon y la negra tristeza en el alma. En una de las veces que se le expuso para que calmase á sus súbditos, quiso precipitarse de la altura en que se encontraba, pero le contuvieron sus custodios.

Alarmados estaban los conquistadores con la certeza de un pronto rompimiento, cuando un correo secreto trajo á Cortés la fatal nueva de que en el puerto de Veracruz se habian avisado diez y ocho bajeles, numerosas tropas y trenes de guerra, al mando del valiente Pánfilo de Narvaez, enviado por Velázquez.

Cuando la muerte de Escalante, envió Cortés á que lo substituyera, á Sandoval, uno de sus más expertos é intrépidos ca-

pitanes, quien confirmó con su fidelidad y denuedo lo acertado del nombramiento.

Aparentemente las cosas estaban en la mayor calma. Moctezuma parecia resignado en su prision; alentaba los juegos de los españoles, les regalaba sin cesar, protegia á algunos, especialmente á Orteguilla, á Ojeda y otros, y aun parecia mezclarse en sus juegos y que se iniciaba en sus costumbres.

A la noticia de la llegada de Narvaez, Cortés fingió una ocupacion imprescindible en Zempoala, y fué allí con algunas fuerzas dejando reencargado á Moctezuma, y dando instrucciones para que mantuviesen aquella difícil situacion mientras él volvía.

Como dijimos, partió para Zempoala al encuentro de Narvaez.

Éste desembarcó, posesionóse de una parte de la costa, componiéndose su fuerza, como indicamos, de diez y ocho buques, dos mil hombres, regular artillería y las correspondientes provisiones de guerra.

Cortés, sin pérdida de momento, con profundo secreto y cautela, de acuerdo con Sandoval, que en esta emergencia prestó los más importantes servicios, cayó de improviso con sus pocas pero resueltas fuerzas sobre Narvaez, al que hirió y apresó, poniéndole grillos; hizo en sus tropas horrosos estragos, sometiéndolas al fin, halagando á los que se le mostraban adictos, y haciéndose de buques, tropas y refuerzo con que volvió á México triunfante y poderoso.

Entretanto en México quedó Alvarado al frente de sólo ciento cuarenta españoles y de los indios sus aliados. Durante una fiesta de Huitzilopochtli, multitud de indios entraron al patio del palacio en que se hallaba Moctezuma, danzando y entregándose al regocijo; y sea que Alvarado temiese el alboroto, sea, como otros afirman, por apoderarse de las alhajas que ostentaban muchos concurrentes, cargó sobre ellos, cebándose como tigre y produciendo una mortandad horrible entre aquella gente confiada é indefensa. Enfurecido el pueblo por tan negra traicion,

atacó á los enemigos destruyendo parte del muro del edificio en que se hallaban; rechazados con mucha pérdida, dieron otro y otro asalto, dejando montones de cadáveres entre lagos de sangre. Quemaron los bergantines que tenían los españoles y abrieron al rededor de su palacio un ancho y profundo foso, intentando sitiar por hambre al enemigo.

Sabedor Cortés de tan graves sucesos, apresuró su marcha con el refuerzo que le habia dado la victoria sobre Narvaez, llegó á México, aprehendió á Alvarado, mostróse severo con Moctezuma y ocupó algunos edificios del recinto del templo mayor, próximos á sus cuarteles.

Como la escasez de víveres se habia hecho notable, quejóse de ello á Moctezuma, y éste dijo que no se podrian conseguir mientras estuviesen presos los principales personajes del imperio.

De resultas de esto, obtuvo libertad Cuiclahuatzin para procurar provisiones.

Cuiclahuatzin era un jóven lleno de talento y de bravura, patriota hasta la heroicidad, y resuelto como ningun otro guerrero mexicano.

Luego que consiguió la libertad, se puso á la cabeza del levantamiento del pueblo, y lanzó el grito de vencer ó morir.

Despues de la llegada de Cortés, diarios y frecuentes fueron los combates, haciéndose hecatombes horrosas, incendiándose templos y multitud de casas, y volviendo de estos horribles encuentros y derrota dispersos los españoles á sus cuarteles.

Entre los más terribles combates, se cuenta, cuando se incendió el templo mayor, que parecia que en inmensa hoguera se habia convertido la gran ciudad.

Agotados los víveres, más y más alentados los mexicanos, habian logrado á costa de miles de vidas, hacer sensible su superioridad: Cortés resolvió abandonar el campo y salir de la ciudad en el más profundo silencio y con todas las precauciones posibles.

LECCION SETIMA.

Combate del templo.—Muerte de Moctezuma.—Son rechazados los españoles.—Asciende Cortés.—Incendio.—Noche.—Incendio de casas.—Salida de Ixtapalapan.—Armisticio.—Hombres á Moctezuma.—Salida el 1º de Julio.—Marcha Sandoval á la vanguardia.—Alvarado á la retaguardia.—Tropas de Tlaxcala, Cholula y Zempoala.—Pintura del combate.—Primer foso.—Segundo foso.—Salto de Alvarado.—Mueren 450 españoles.—Mueren todos los cholultecas.—Pérdida de la artillería.—Muere V. de Leon.—Popotla.—Llanto de Cortés.

Los combates se sucedian: el foso abierto al rededor de la mansion de Cortés, que hacia resentir á los españoles los horrores del hambre, y la buena posicion que habian tomado los indios desde el templo mayor que dominaba los cuarteles en que estaban las tropas de Cortés, todo hacia que el conflicto para éste tocase sus últimos extremos.

Acosado así por su situacion, pero muy léjos de dar cabida en su pecho al desaliento, resolvió apoderarse del templo y emprendió con lo más escogido de sus soldados la accion temeraria.

Ya recordamos el patio del templo, compuesto de piedrecitas tan tersas y bruñidas como si fueran planchas de mármol; en nuestra memoria deben representarse aquellos cinco pisos con sus elevadas escaleras, dispuestas de tal modo que se tenia que rodear todo el edificio para el ascenso y descenso.

Como decia, se emprendió el ataque: una nube de piedras y de flechas recibió á los españoles: el templo parecia animado y moverse como un monstruo de millares de cabezas y de brazos. Llenos de desesperacion los españoles, se esfuerzan por ascender, y al fin son rechazados con pérdidas horribles. Cortés, que presenciaba este descalabro, hizo un nuevo esfuerzo; púsose al frente de las tropas, abrazó su rodela, empuñó su espada y ascendió con temeridad: los indios resistian palmo á palmo; se

disputaba el terreno, descendiendo á raudales la sangre y cubriéndose de cadáveres el suelo: algunos se precipitaban de uno á otro piso para despeñarse abrazados de sus enemigos. En medio de la refriega se levantó la llama y quedó el edificio gigante convertido en inmensa hoguera que reproducian las aguas de los canales y de los lagos, hoguera de entre cuyas llamas salian lamentos y gritos que parecia que brotaban de un infierno.

Aunque al fin victorioso Cortés en este encuentro espantoso, quedó tan malparado, que entró en serias deliberaciones con algunos de sus capitanes sobre el partido que se necesitaba tomar.

En uno de los más serios ataques á la habitacion de Cortés, Moctezuma, por sus instancias, habia salido á la azotea del palacio á arengar á su pueblo; pero éste, léjos de sosegar, le llenó de improperios y le lanzó piedras y flechas en medio de un borrascoso tumulto.

Una de las mil piedras que lanzaron contra Moctezuma, le hirió en la sien. El monarca se sintió hondamente apesadumbrado, rehusando todo auxilio y resistiendo toda curacion, porque mostró la decision de no sobrevivir á la afrenta de que se le habia cubierto con aquel ultraje.

Despues de tres dias de agonía que sobrellevó el monarca mexicano con estóica resignacion, murió asesinado por los españoles, aunque habian tenido en él un generoso protector.

La lucha siguió con encarnizamiento; Cortés se resolvió á abandonar la ciudad, preparando su salida por la amplia calzada de Ixtapalapan, pero á las primeras indicaciones de su intento se despertó el furor de los mexicanos y se renovó la lucha á muerte de los dias anteriores: logró, sin embargo, el conquistador penetrar hasta uno de los puentes, empeñando lances terribles.

Diéronse señales de que se queria un armisticio, y se acordó éste. En él pidieron los indios á Cortés el cuerpo de Moctezuma para hacerle los honores fúnebres, como lo verificaron, sepul-

tando el cadáver en Chapultepec, segun las tradiciones más acreditadas.

Aquella tregua fué momentánea; los ataques se repitieron con mayor ardor, comenzando los incendios notables, y al fin los españoles determinaron salir una noche, que fué la del 1º de Julio de 1520.

Ordenóse con el mayor cuidado la marcha de las tropas; ocupó la vanguardia el intrépido Sandoval, la retaguardia Pedro de Alvarado, al centro los heridos y las tropas aliadas.

Despues de separados los caudales del rey, que se decidió á llevar Cortés, repartió entre sus tropas y aliados las riquezas inmensas del palacio que iba á desocupar.

Señalóse para la marcha la via recta de Tacuba.

Apénas dieron los primeros pasos los españoles fuera del palacio, como un mar inmenso se agitó la ciudad entera, rompiendo los puentés, defendiendo los fosos, cayendo como una avalancha sobre los españoles; éstos se defendian hundiéndose en las aguas, atropellando en las calzadas con su caballería á sus enemigos, derramando por todas partes la muerte en el colmo del furor y la desesperacion: oíanse en las tinieblas gritos espantosos y lamentos desgarradores; hombres con hachas corrían en todos sentidos dando al campo el aspecto de una insurreccion de furias. Estalla el incendio, la llama se propaga, y en calzadas y fosos y puentes se ostenta la matanza con todo el lujo de la rabia y la desesperacion.

Habian pasado el primer foso los españoles con grandes pérdidas; en el segundo, fué tan espantosa la carnicería, que los cadáveres cegaron el foso, al punto de que pudo pasar fácilmente la retaguardia.

Segun la tradicion, en el tramo que existe entre la iglesia de San Hipólito y lo que se llama "Puente de Alvarado," en el lugar que ocupa el Tivoli del Eliseo, frente al número 4 de esa calle, fué lo más encarnizado de la pelea. Ardian las casas, corría á torrentes la sangre, hombres y caballos se ahogaban en las acequias y en los fosos: muertos los cholultecas, perdida la

artillería, fuera de combate más de la mitad de las fuerzas de Cortés, pues habian perecido más de 400 hombres, y siendo mucho el número de heridos, Alvarado hizo un esfuerzo supremo; protegió hasta el último trance la retirada de sus tropas, y se salvó merced al salto prodigioso que inmortalizó el lugar de sus más heroicas hazañas, y tiene hoy el nombre de *El salto de Alvarado*.

Cortés, que habia acudido á todos los peligros, que se habia centuplicado, alentando á unos, salvando á los otros, y derramando á su paso la muerte y el terror, emprendió el camino entre los restos de su ejército, en medio de los horrores de la más completa derrota.

Hizo alto en Popotla, y dicen que se sentó en una piedra, como anonadado por el infortunio. Los soldados que osaron acercársele, dicen que por la primera vez le vieron llorar.

Esa tremenda jornada conserva en la Historia el nombre de *Noche Triste*.

LECCION OCTAVA.

Sálvanse algunos amigos de Cortés.—No les persiguen los indios.—Se vuelven, limpian los fosos y queman los cadáveres.—Marchan á Tlacopan.—Persecucion.—Los Remedios, ó sea el Socorro.—Fortificacion y descanso.—A Tlaxcala por Cuautitlan.—Citlaltepec.—Xoloc y Zacamolco.—Comida de caballo.—Tlaxcaltecas.—Llanura de Tonampoco.—Ejército de Otompan y Calpulalpan.—Grave conflicto.—Habla Cortés.—Batalla que duró cuatro horas.—Cihuacatzin.—Red de oro en la punta de una lanza.—Sandoval, Alvarado, Olid y Ávila le guardan la espalda.—Juan de Salamanca.—Derrota.—María de Estrada.—Mexicatzin.—7 de Julio.—Tlaxcala.

En la honda pena en que hemos descrito á Cortés con motivo de la espantosa derrota, le consoló la presencia de Sandoval, Alvarado, Ordaz, Olid, Ávila y Lugo, sus intérpretes Aguilar y D^o Marina, y su ingenioso Martin López, personas en quienes tenia cifradas sus esperanzas para llevar á cabo su conquista.

De Popotla tomó Cortés, con los destrozados restos de su ejército, el rumbo de Tacuba, y pudo hacerlo, porque los mexicanos, luego que sus enemigos salvaron el último foso, retrocedieron á la ciudad y se ocuparon en reparar sus puentes, limpiar sus fosos y quemar los cadáveres ántes de que se inficionase el aire. A esta marcha retrógrada de las fuerzas mexicanas debieron los españoles su salvacion y se debe la consumacion de la conquista.

Pero apénas los pueblos cercanos á Tlacopan percibieron aquella marcha, se lanzaron sobre los españoles, que, dispersos, heridos, maltratados y ambrientos, hacian esfuerzos sobrehumanos para resistir los combates de sus enemigos.

Así tomaron el rumbo de Occidente y lograron apoderarse de un pequeño monte llamado Otoncalpolco, donde habia un templo en que se guarecieron. En ese lugar está hoy el santuario de "Los Remedios" ó "El Socorro," como se llamó en un principio.

Fortificáronse los españoles en el templo descrito; pudieron cobrar algun descanso, defendiéndose de sus enemigos con ménos fatigas, y al dia siguiente emprendieron la marcha buscando Tlaxcala, lugar que podia brindarles hospitalidad.

Tocaron en su camino, siempre perseguidos por los pueblos de Tacuba, Azcapotzalco, Teotihuacan y otros, por Cuautitlan, Citlaltepec, que ha desaparecido, Xoloc, de incierto recuerdo, y Zacamolco, de cuya situacion no hay noticia.

En este último pueblo, en medio de la fatiga y de las penalidades mil que padecian los conquistadores, se hizo sentir el hambre tan profundamente, que vieron como promesa de banquete la muerte de un caballo; y los tlaxcaltecas llenos de desesperacion, se arrojaron al suelo mordiendo la yerba, y prurumpiendo en imprecaciones contra sus dioses.

Al dia siguiente de estas escenas, desde la cima del monte Amaquemecan que atravesaban, distinguieron los españoles en una inmensa llanura llamada Tonampoco, á corta distancia de

Otompa, un numerosísimo ejército con sus estandartes, su aparato amenazador y sus horribles gritos de venganza.

Algunos autores afirman que aquel ejército sería de 200,000 hombres; otros, más cautos, cuentan con las exageraciones del temor: de todas maneras, la presión simplemente del número bastaba para anonadar á los conquistadores. Los españoles creyeron llegado el último momento de su vida. Notó Cortés impresión tan desfavorable, y dirigió la palabra á sus tropas.

“No queda más arbitrio—les dijo en voz entera y ánimo esforzado—que vencer ó morir. ¿Por qué temer? Dios que nos ha conservado hasta hoy en medio de tantos peligros, ¿ha perdido el poder de salvarnos?”

Empeñóse la batalla sangrienta.

Durante cuatro horas permaneció indécisa la victoria, mientras empezaba la matanza y se renovaban en cada palmo de tierra horrores sin cuento. Casi vencidos los españoles, rendidos sus brazos, embotadas sus armas y á punto de sucumbir, se ocurrió á Cortés jugar el todo por el todo, internándose al corazón del ejército enemigo y apoderándose del caudillo Cihuatzin que se distinguía en el centro de él en sus magníficas andas, con su rico vestido y su penacho de plumas, y á su lado su estandarte, que consistía en una red de oro colgada en la punta de una lanza.

Ordenó Cortés á sus generales Alvarado, Olid y Ávila, que le guardaran la espalda, y arremetió con algunos soldados escogidos. Su empuje fué tremendo: arrollaba cuanto se oponía á su paso, no obstante la feroz resistencia que encontraba; as llegó al jefe mexicano, á quien derribó de las andas de un lanzazo. Apenas hubo caído, Juan de Salamanca, valiente soldado que acompañaba á Cortés, desmontó rápido de su caballo, quitó la vida al jefe enemigo, y arrancándole su penacho se lo presentó á Cortés. Aquella fué la señal de la victoria para los españoles, que alentados por el desorden en que vieron á sus contrarios, les persiguieron con encarnizamiento, haciendo en ellos grandes estragos.

Sin duda alguna este fué uno de los triunfos más señalados y trascendentales de los españoles; la Historia ensalza en esa acción el ardimiento de Cortés, el denuedo de Sandoval, á una mujer, María Estrada, que peleó como los más valientes soldados, y á Mexicatzin, que recibió después las aguas del bautismo y en él el nombre de D. Antonio; se hizo célebre, tanto por su valor, cuanto por haber vivido 130 años.

Las pérdidas de los mexicanos fueron espantosas. Perecieron muchos españoles, y casi en su totalidad el ejército tlaxcalteca.

Cansados de perseguir á los dispersos de Otompan, se retiraron los españoles á Tlaxcala, reducido su número á 440 hombres.

Todos los prisioneros que tanto en la *Noche Triste* como después hicieron los mexicanos, incluyendo en ellos cien españoles, fueron horriblemente sacrificados en el templo mayor de México.

El 8 de Julio de 1520 entraron en Tlaxcala los españoles dando gracias al cielo por encontrarse en tierra amiga, donde recibieron consuelos, atenciones y solícitos cuidados, mostrándose los españoles profundamente reconocidos á aquella República, su aliada y salvadora.

Mientras los españoles descansan de sus fatigas en Tlaxcala, volvamos la vista á los mexicanos.

A pesar de los estragos sufridos, bastantes por sí solos para aniquilarlos, la guerra civil los devoraba, ocurriendo matanzas de hermanos contra hermanos, y despedazándose la anarquía.

Por un esfuerzo de la misma desesperación pensaron en un jefe que los condujese en aquella extremidad, y fué elegido rey Cuiclahuatzin, que como hemos dicho, se hallaba al frente de las tropas en la *Noche Triste*.

Como sabemos, Cuiclahuatzin, Señor de Ixtapalapan, era hermano de Moctezuma. Sabio, valiente hasta la temeridad, magnífico en su porte, simpático por su amor á las artes y por su índole generosa.

Luego que tomó Cuiclahuatzin posesión del mando, reparó las fortificaciones y los templos, se dedicó á pacificar á sus súb-